

“Alimentación y Territorios. ALTER 2006”. III Congreso Internacional de la Red SIAL (Sistemas Alimentarios Localizados”.
Baeza, Octubre de 2006

GLOBALIZACIÓN, COMUNIDADES RURALES Y RECUPERACIÓN DE LAS VARIETADES CULTIVADAS LOCALES.

Rufino Acosta Naranjo¹.
Departamento de Antropología Social.
Universidad de Sevilla.
José Díaz Diego.

Grupo de Investigación “Cultura, ecología y desarrollo de pequeños territorios”.

La evolución de la agricultura y la biodiversidad cultivada.

La agricultura convencional, hija de la Revolución Verde, consiguió aumentar espectacularmente los rendimientos por hectárea y la productividad del trabajo. Ahora bien, las consecuencias negativas han terminado haciéndose evidentes en diferentes ámbitos. Desde el punto de vista ambiental, se han generado enormes males derivados del uso de productos químicos, insecticidas, plaguicidas y abonos, tales como contaminación de suelos, agua y aire, deforestación o erosión. Todo ello terminó traducándose en simplificación ecológica, con la eliminación de ecosistemas, y pérdida de biodiversidad, por la desaparición de un gran número de especies animales y vegetales, tanto cultivadas como silvestres, comprometiendo el futuro evolutivo y las condiciones de estabilidad del planeta.

Precisamente es el rápido proceso de pérdida de la biodiversidad uno de los que se definen como problemas-estrella dentro de la literatura científica y de la conciencia pública general. La biodiversidad agraria ha ido reduciéndose a un ritmo vertiginoso, debido al uso masivo de muy pocas especies y variedades de semillas para cultivo, producidas en laboratorios por manipulación

¹ La presente ponencia se enmarca dentro de la investigación antropológica que desarrolla el grupo de investigación “Cultura, ecología y desarrollo de pequeños territorios” de la Universidad de Sevilla en el contexto del proyecto “Desemillas. Recuperación y puesta en valor de las variedades agrícolas tradicionales de Tentudía” que, a través de la iniciativa LEADER.PLUS, lleva a cabo el Centro de Desarrollo Comarcal Tentudía (Badajoz) junto con el referido grupo de investigación y el Centro de Recursos Fitogenéticos del Instituto Nacional de Investigación y Tecnología Agraria y Alimentaria – INIA.

genética y por empresas de semillas, siendo actualmente uno de los principales problemas el de los transgénicos, los organismos modificados genéticamente.

En el caso de España, dentro del paquete que supuso el proceso de modernización del país, tuvo lugar desde finales de los años cincuenta un vertiginoso cambio en el campo, con el paso de la agricultura tradicional a la moderna. La gran cantidad de variedades locales de semillas, adaptadas a lo largo de un proceso de siglos en algunos casos, fue poco a poco arrinconada. En unos lugares se produjo por el abandono o por el retroceso del cultivo dada la falta de ventajas comparativas con las producciones foráneas y en otros, en los que se siguió cultivando la tierra, por la sustitución de variedades tradicionales por variedades exógenas, normalmente híbridas y de mayor rentabilidad económica y volumen de producción.

Debido a lo traumático del proceso de modernización en nuestro país, las sociedades rurales sufrieron un grave quebranto, sin capacidad de responder a la arrolladora imposición de la cultura de la sociedad urbano-industrial y el consumo de masas. Las especificidades de las culturas rurales sufrieron la misma desvalorización y arrinconamiento que su correlato agrario, los agroecosistemas tradicionales, sus formas de manejo ancestral del medio. Por lo que respecta a nuestros intereses concretos se fue mermando la riqueza de la biodiversidad agraria, de las semillas autóctonas adaptadas a las condiciones locales.

Ahora bien, el surgimiento hacia finales de la centuria pasada de una conciencia ambientalista a nivel mundial, y para el caso de la agricultura, la anteriormente referida evidencia de los efectos nefastos de la agricultura convencional sobre el medio ambiente, se une al interés de la opinión pública y, de grado o por fuerza, de los gobiernos en llevar a cabo políticas que de algún modo atenúen la magnitud del proceso de degradación planetaria. Nos encontramos así en nuestros países con los intentos de recuperar la biodiversidad agraria, las variedades cultivadas locales, como uno los mecanismos de restaurar en parte la diversidad perdida, mitigando con ello el proceso de erosión genética.

Tenemos, por tanto, un interés en la recuperación de la diversidad *per se*, además de una deseable consideración de la biodiversidad funcional, de los servicios y cometidos que la existencia de un gran número de variedades locales y alternativas de uso puedan ofrecer a la arquitectura, al funcionamiento y a la evolución futura de los agroecosistemas.

Frente al deterioro cualitativo de los alimentos y los problemas de salud, tenemos la calidad contrastada de muchas de las producciones de variedades locales, de sus cualidades nutricionales, de sus matices de sabor, color, textura, forma, o de la adaptación a un manejo no agresivo y degradador de los recursos, a trueque a veces de una menor producción, aunque hasta esto último ha sido refutado si vemos el proceso a medio y largo plazo.

En España, en la que el mundo anterior a la modernización queda a tiro de piedra de la historia, tenemos la ventaja de contar, sobre todo en zonas desfavorecidas y de montaña, con agroecosistemas tradicionales que, aun maltrechos, pueden ser recuperados y con gentes que, a pesar de lo avanzado de su edad, conocieron los tiempos de la agricultura tradicional y pueden darnos cuenta de ella, de su praxis y de su corpus de conocimiento. Con ellos pueden trabajar quienes tienen recogidas semillas de cultivos tradicionales en los bancos de germoplasma Pueden enseñarnos a definir las variedades cultivadas, enseñarnos sobre sus características, sus virtualidades y las especificidades de su manejo. Porque además, en muchos lugares, y a pesar de su arrasamiento, aun existen variedades locales residualmente cultivadas.

El contexto de la recuperación.

Resulta evidente que la recuperación de variedades cultivadas en sí no puede redimir al mundo rural de su situación de postración, dependencia o periferización, según los casos, de la crisis estructural en que está sumido. Antes bien, no puede entenderse como enunciado razonable si no lo consideramos en el contexto de una estrategia general, ecológica, económica, cultural, territorial y política para el abordaje del problema rural. El objetivo general, el fin último del empeño que guía los trabajos que llevamos a cabo, es el desarrollo rural y el empoderamiento de los grupos y las culturas locales en el contexto de la Economía Informativa Global. Nos preocupa el encaje, deseado y simétrico, de los pueblos y las gentes del campo en el sistema mundo. Y esto en un momento en que en España, tras el proceso de emigración y crisis rural de hace unas décadas y del actual proceso de globalización, el campo y las comunidades rurales se encuentran en una situación de desconcierto, amenaza de desaparición, pérdida de referentes y desventaja comparativa con el mundo urbano en todos los órdenes de la vida social.

Contemplado a semejante escala, el asunto de la recuperación de variedades locales podría resultar hasta nimio, pero no parece así si lo ubicamos en términos cabales como uno más entre varios pilares básicos de la sostenibilidad agrícola, soporte fundamental, aunque ya no exclusivo, de la economía rural y de la vida de sus gentes, de su cultura y de su sociedad. Así, la recuperación y la expansión de la biodiversidad cultivada tradicional se nos presenta como una contribución necesariamente parcial pero estratégica e imprescindible en el contexto de un manejo agroecológico de los recursos, o al menos como banderín de enganche, como brecha para una pedagogía agroecológica y, al fin, como la garantía de la seguridad alimentaria mundial a largo plazo.

Pero ¿cuáles son las múltiples dimensiones que la biodiversidad atiende en la complejidad de lo rural en el mundo contemporáneo, en los tiempos de la sobremodernidad? ¿Y cuál es el elemento de articulación, la idea fuerza en torno a la que hacer converger lo plural de las manifestaciones? En nuestra opinión, y siguiendo a Escobar, Dirlik y Casey, esa idea es la del lugar como proyecto (Escobar, 2000) y la del desarrollo entendido como reconocimiento de las potencialidades del lugar, del conocimiento y de la cultura generados en el proceso de apropiación de la naturaleza por las comunidades rurales.

El lugar como proyecto. Lo global y lo local.

Parece ser signo de los tiempos la pérdida de centralidad de la vinculación de las gentes con los lugares como consecuencia del proceso de transnacionalización, globalización y desarrollo de la llamada Economía Informacional Global, en que el cosmopolitismo, los viajes, el nomadismo, los espacios virtuales son elementos fundamentales. Es por ello que los distintos teóricos del tema se plantean entonces modelos abstractivos del espacio-tiempo. Así, Manuel Castells (1996) postula que estamos en la era del tiempo intemporal y del espacio de los flujos, frente al espacio de los lugares. Giddens lo enuncia en términos de tiempo vacío y de desanclaje del territorio, llegando a referirse al lugar como una fantasmagoría. Marc Augé nos habla de los no-lugares como hecho caracterizador de la sobremodernidad. Martín Barbero usa el término desterritorialización (Cruces, 2003).

Desde la antropología, se da cuenta en los debates del desbordamiento de la referencia cerrada al lugar como elemento que contiene las culturas. Éstos, la experiencia local y las identidades se nos muestran como construcciones históricas, creadas por la circulación del capital y la información, por los sistemas expertos y los medios (Escobar, 2000). Y es un hecho que las culturas sean cada vez menos realidades autocontenidas, cerradas, y se conformen y reconfiguren sobre la base de las

interrelaciones, las influencias de poderosos y amplios sistemas y redes de comunicación, en ámbitos a veces virtuales, abstractos y desterritorializados, que estemos cada vez más ante culturas híbridas (García Canclini, 2001). De ahí la sacudida a las condiciones de posibilidad del trabajo de campo antropológico en la actualidad, ya que en el contexto de las interconexiones globales, se hace necesarias etnografías multisituadas (Marcus, 1995; Cruces, 2003).

Sin embargo, los procesos relativos a la periferización del lugar, a su pérdida de importancia, tienen su límite, y los planteamientos teóricos que lo enfatizan se topan también con su réplica. Todo proceso y toda experiencia social terminan remitiendo al fin a una base territorial, la gente sigue viviendo y sintiendo en lugares, y la gente del medio rural vive, siente, y también sufre, esa realidad de lo local como ninguna otra. Como sostiene Arturo Escobar (2000): *“...el lugar, -como la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento, linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija- continúa siendo importante en la vida de la mayoría de las personas, quizás para todas. Existe un sentimiento de pertenencia que es más grande de lo que queremos admitir”*.

Cruces insiste con Hannerz en la importancia de lo presencial, de las interacciones cara a cara y las vinculaciones personales, en cómo la cultura global circula finalmente a través de vínculos y redes de relaciones personales de gentes que van y vienen de su localidad. Hay quien habla de la vigencia de lo que se consideran culturas, íntimas, que evocan a la vez el hogar y la comunidad (Lomnitz, citado en Magaña, 2005:32).

Si las culturas se rehacen, se reconfiguran a partir de parámetros esencialmente de interconexión con flujos transnacionalizados, con mensajes o contenidos heteróclitos, también el territorio, y con él las identidades, están en pleno proceso de reconfiguración. Lo local se inserta en categorías territoriales más amplias, cual es el caso de las comarcas, como una manera de superar las limitaciones, demográficas, institucionales, de recursos, que los pueblos tienen para insertarse en el mundo y para poder ofrecer servicios a sus habitantes. Surgen así, de manera bastante forzada a veces, entidades de ámbito comarcal como Mancomunidades, Grupos de Acción Local, asociaciones de diverso tipo, que buscarán a la sazón alguna suerte de respaldo identitario para ese nuevo territorio emergido (Acosta et al, 2001:12). Por esa fuerte vinculación con el territorio y los recursos, por la posibilidad, y la realidad, de interacciones personales y cara a cara en estos ámbitos, no podemos dejar de considerarlas dentro del término de lo local.

Así pues, en este contexto de dinamicidad y reestructuración permanente, lo local se plantea como una realidad viva y también como una apuesta, como un proyecto, como una propuesta alternativa de desarrollo sostenible a partir de los recursos, la experiencia, los modelos específicos de naturaleza, el conocimiento, el saber hacer, la memoria colectiva y la identidad. Hay quien lo plantea como un proceso de resistencia, incluso política, frente a los espacios de los flujos, del Estado y el capital, opuestos al trabajo, a la experiencia y a la vida. En la sociedad red puede plantearse una apuesta de redes de lugares, permitiendo el movimiento, el viaje, la interconexión, la presencia en espacios virtuales, desterritorializados si se quiere, pero desde lo local y sin desechar el enraizamiento, los linderos y la pertenencia (Escobar, 2000). La conexión es posible a partir de la hibridación cultural, del encuentro de prácticas e ideas surgidas en distintos territorios y culturas, que no son receptoras pasivas de procesos de transnacionalización, sino que de manera activa metabolizan, recrean, construyen y configuran comportamientos e ideas. Es una manera de repensar la globalización. Parodiando a Donna Haraway (1995), y quizás malversando su intención, el híbrido es nuestra ontología, pero nos otorga nuestra política.

No se puede, o al menos nosotros no pensamos la globalización como un hecho, como un proceso irreversible y en una sola dirección. Si el despliegue de la Economía Informativa Global ha tenido y está teniendo consecuencias devastadoras en cuanto a fenómenos de homogenización y dominación, no es menos cierto que el futuro tiene más imaginación que los profetas, y aceptar esa definición de la realidad, dar por hecho un proceso así es contribuir a la realización una profecía autocumplida. En el caso paradigmático de la nueva era, internet, vemos a su vez la característica de Jano moderno que presenta desde sus inicios, como un proyecto por un lado de control militarista del mundo pero a su vez como un diseño libertario de jóvenes del 68. Tiene por tanto un potencial tanto dominador como liberador, susceptible de usos integristas y retradicionalizadores o reaccionarios, pero también como de fuente continua de innovación y creación cultural, de resistencia alternativa. En ello, la revitalización, hibridante y compleja, de lo local es una posibilidad que estamos obligados a explorar.

En este contexto tan complicado, la reivindicación de los recursos, los saberes, los procesos de trabajo y la cultura local es un proyecto de escala planetaria, como garantía de diversidad y vida sostenible para todos sus habitantes, a la vez que una estrategia de desarrollo económico y de pervivencia de las culturas y las identidades en cada localidad concreta. Y la identidad es a su vez un catalizador de iniciativas comunes y un principio activo de legitimación de la acción social colectiva para el desarrollo.

Identidades

Castells plantea la identidad como uno de los asuntos de mayor relevancia en la era de la información, y habla del poder de la identidad. Él la define como “...*el proceso mediante el cual un actor social se reconoce a sí mismo y construye el significado en virtud, sobre todo, de un atributo o conjunto de atributos culturales determinados, con la exclusión de una referencia más amplia a otras estructuras sociales.*” (Castells, 1996:48). Plantea el autor que hoy en día, ante la sensación de cambio incontrolado, ante el desbordamiento en todos los ámbitos que ha impulsado el desarrollo de las nuevas tecnologías, ante la pérdida de antiguos referentes comunitarios, políticos e ideológicos, ante la transnacionalización, las gentes buscan el agrupamiento simbólico y recurren al amparo que les otorgan identidades primarias: religiosas, étnicas, territoriales o nacionales. La búsqueda de la identidad, personal o colectiva, aparece como una necesidad compulsiva para dotar de significado a los individuos y los colectivos, para reordenar el sentido de la experiencia. Y como respuesta al proceso de globalización, de desconcierto por los vertiginosos cambios, por la sensación de pérdida de referentes, por la necesidad creciente de recuperar la proxemia perdida, cada día más asistimos a fenómenos de reivindicación de lo local, con fuerte apoyo en sus señas de identificación, muchas de ellas de nuevo cuño, como invenciones, recuperaciones o resignificaciones, a veces a través de espacios virtuales, que crean comunidades en parte virtuales también.

En España asistimos además a un proceso de rebrote o creación de identidades con la conquista de la democracia y el vigor de los gobiernos locales y autonómicos, y a un debate sobre las identidades de los territorios que conforman la nación que llega a ser agotador. En nuestro caso las identidades locales muestran una efervescencia tremenda en este inicio de milenio, y eso lo sabemos bien en Extremadura y más en concreto en la comarca de Tentudía, con una intensidad a veces agónica, pero siempre síntoma de un proceso. La fiesta como matriz de articulación de hechos y símbolos en un dimensión expresiva se convierte así en el medio preferente de formulación y manifestación de los procesos identitarios, y a veces parece ser la única forma de acción social colectiva, detrayendo gran cantidad de recursos y energías de todo tipo, en detrimento de otras formas de organización y canalización de esfuerzos y proyectos comunes. Más allá de la pura patrimonialización y simbolismo, buscar otros elementos, expresivos pero también instrumentales, resulta cada vez más necesario si se quiere garantizar la existencia futura de todo un territorio, mediante la movilización de la sociedad y sus agentes. Para que no todo quede en expresividad, voluntad de ser, pervivir y mostrarse ante los otros. Las identidades y los territorios se sostienen

sobre bases de trabajo y beneficio económico o no se soportan. Pero a su vez, la identidad, y la autoestima de los colectivos, la valoración de la memoria y los logros en el manejo de los recursos, en los procesos de trabajo, son un elemento importante para desatar y mantener procesos de desarrollo vinculados al medio y a su conservación en el tiempo, como demostraron el saber y la práctica local.

En la construcción de las identidades locales un aspecto importante, un marcador de la misma, es la memoria colectiva. Y la del medio rural tiene su base fundamental en la relación secular de las gentes con la tierra a través de los procesos de trabajo, de la creación de paisajes culturales, de agroecosistemas, de conocimiento y manejo de los mismos, y en ello se inserta el proceso de creación de variedades locales a través de la experimentación y de su adecuación a las necesidades de la alimentación humana y animal, a las características de cada lugar. Reivindicar el patrimonio ecológico agrícola, recrearlo, ponerlo en valor y darlo a conocer en los contextos locales y globales es hacer y rehacer el mundo local y su identidad. Reivindicar y recuperar las variedades locales parte de la apuesta por la identidad local y el territorio.

El conocimiento y el manejo locales. Una fundamentación teórica y práctica.

Como decimos, un elemento crucial en la arquitectura del desarrollo rural son el conocimiento y el manejo local de los recursos. Esa reivindicación de lo local tiene en estos dos aspectos uno de los puntales básicos, desde una fundamentación tanto epistemológica como práctica, que desafía a los sistemas expertos de la ciencia y la tecnología convencionales. Si elevamos la escala de las consideraciones a la teoría del conocimiento, nos damos cuenta de que toda una corriente teórica nos plantea la conveniencia de dar audiencia, de considerar parte beligerante en el debate sobre la ciencia y su papel en los problemas del planeta y en la gestión del riesgo a las epistemologías, a las formas de conocimiento de las diversas culturas, y en cada sociedad a los ciudadanos. El diálogo de saberes es un concepto cada vez más predicado (Milton, 1997; Mairal, 1998; Rist, 2002; Leff, 2003; Toledo, 2003).

Si este proceso ya lo podemos remontar a los orígenes de la Etnociencia, allá por los años cincuenta, hoy, y desde el interior de la propia ciencia occidental, se da todo fenómeno de revisión de los supuestos teórico y epistemológicos de la misma, espoleados por la crítica posmoderna, el relativismo, constructivismo o las teorías del caos. La ciencia posnormal o ciencia con que la gente postula como objetivo del quehacer científico el control del riesgo, es, en la sociedad donde éste se

ha convertido en el gran problema, base de la crisis de civilización, consiguiéndolo a partir de la base de la participación de la gente en su definición y gestión (Funtowicz y Ravetz, 1994). Las enseñanzas a este respecto de las culturas no occidentales, de las sociedades simples, por ejemplo, hacen poner en duda los principios y los logros de la ciencia con mayúsculas.

Por lo que respecta a la Agroecología, el paradigma científico en construcción y que en el ámbito de su competencia pretende desarrollar el paradigma ecológico, tiene como una de sus premisas básicas precisamente el pluralismo epistemológico, el considerar como válidos los saberes de las culturas campesinas en el manejo de los agroecosistemas (Guzmán et al, 2000:155). Las aproximaciones antropológicas que más han trabajado sobre modelos culturales de la naturaleza nos hacen ver la coherencia de estos sistemas en bastantes de las sociedades llamadas indígenas. Así, los modelos locales de que hablan Strather y Gudeman, el modelo percibido de Rappaport, la performatividad de Richards, las ecocosmologías de Arhen o Descola, o el adiestramiento de Ingold y Palsson (Escobar, 2000; Rappaport, 1987; Descola y Pálsson, 2001; Arhen, 2001) pueden ser considerados ejemplos de ello.

La semiótica ecológica de Hornborg nos hace ver la importancia de una postura normativa contextualista y monista, reconociendo la importancia de formas de conocimiento indígena, en los que la metáfora tiene sentido como *“un modo de conocer que incorpora las condiciones mismas del conocimiento”*, y es capaz de *“activar conocimientos prácticos tácitos basados en la experiencia de condiciones locales sumamente específicas”* (Hornborg, 2001).

Desde la biología fenomenológica, Maturana y Varela, a quienes siguen tanto Hornborg como Escobar, postulan la relación indisoluble entre cognición y experiencia. En su planteamiento de la enacción nos dicen que *“las mentes despiertan en el mundo”*, señalan la centralidad de lo local, del contexto, en el proceso cognitivo, pues la cognición es experiencia arraigada y no hay separación entre el conocer y el hacer. Así la ecología sería el vínculo entre el conocimiento y la experiencia (Escobar, 2000; Hornborg, 2001).

Atender a los saberes locales, a su cosmos, su corpus y su praxis, como nos dice Toledo, es por tanto atender a su probidad cognitiva pero también a la evidencia de su validez demostrada por la práctica, a su operatividad históricamente puesta de manifiesto en muchos casos, evidentemente no en todos. Pues la efectividad, la operatividad es criterio de validez (Rappaport, 1987, Milton, 1997). La especificidad y la adecuación a contextos particulares es lo que ha hecho adecuados y operativos

los sistemas cognitivos y de manejo locales, y en ellos está en gran parte el referente para manejos futuros.

Las comunidades rurales y la biodiversidad cultivada.

Las sociedades campesinas han desarrollado históricamente sistemas de manejo de los recursos de los que la diversidad era a la vez condición y resultado. En este contexto hay que situar la biodiversidad agraria y las semillas, un factor de producción indispensable en la agricultura. Para disponer de ellas, los productores rurales han recurrido a diversos sistemas, tanto de conservación como de intercambio, mediante compra, trueque o regalo, mecanismos estos últimos que se sustentaban sobre la base de una economía moral muy relacionada con la propia concepción de la comunidad local y de sus vínculos familiares, sociales, afectivos e identitarios. Las diferentes formas de intercambio atendían no sólo a la necesidad económica de aprovisionamiento sino también a la evitación de la depresión endogámica que podría producir el utilizar sólo las propias semillas, además de un constatado interés por innovar y mejorar.

Las semillas son el resultado de un proceso de selección cultural. La domesticación vegetal y la selección de las semillas para el cultivo ha sido un hito fundamental en la historia de la humanidad. Cada grupo campesino ha llevado a cabo un proceso de selección de aquellas especies animales y vegetales cuya explotación agrícola y ganadera resultaban interesantes para la mejor apropiación posible de la energía y materiales del entorno, para adaptarse al medio. En el marco de esta selección y manejo de especies, las culturas campesinas han procedido a su vez al desarrollo y mejora de aquellas variedades y líneas más interesantes para circunstancias, características y propósitos específicos (Nazarea et al, 2003). Así, según Vandana Shiva, los campesinos hindúes crearon más de 200.000 variedades de arroz, unas resistentes a la sal para ser cultivadas en las aguas costeras, otras desarrollando tallos de hasta cinco metros y medio de altura para acomodarse a los márgenes inundables de los ríos, etc. (Shiva, 2003:18). Algo parecido podemos decir de la inmensidad de tipos de patata en las culturas andinas, tanto para sacar partido o sobreimponerse a las ventajas e inconvenientes del medio como para atender necesidades culinarias específicas (Zimmerer, 1996; Orlove y Brush, 1996).

En el caso de la comarca de Tentudía constatamos cómo hasta los años cincuenta existía toda una pléyade de especies cultivadas y de variedades de las mismas (Acosta, 2002; Acosta, Díaz y Amaya, 2001:271-273). Sin agotarlas todas, podemos hablar de las siguientes: aceitunas manzanilla,

ojo de gato, tinta, perita, gordal, lantisca, verdial, zarzaleña, azuleja, mojina, cañabal, rocial, zarzariaga, pico limón, azulina, sevillana y carrasqueña; higos verdejos, reyes, negros, albares, blancos, buennombre, carajiles, de porra de burro, de sangre de toro, gordoviles, pardillas, pedrales o coriegas, con las brevas sanjuaneras, negras y blancas; uvas blancas, negras, moradas, pedro jiménez, dedo de dama y jaén blanco y colorao; peras y peros sanjuaneros y sanmigueleros, además de las camuesas; tomates redondos, picudos, de sangre de toro o corazón de buey, rosas, tempranillos, de cuelga o de pero, de pera, y franceses; pimientos de cuatro gallos o cuatro cascos, cornicabra, pajarito, morrón, de pico, bolas y bolas picantes o guindillas; cebollas blancas, babosas y valencianas; ajos blancos, castaños y mulatos; lechugas de oreja de mula, de culo de rana, moradas y rizadas; coles de repollo, forrajeras o vaqueras y de coliflor; patatas blancas o de Burgos, colorás, de punta larga y palomar; judías o friajones de palo o de guía, rabones o mochos, negros; habichuelas blancas y verdes, mantequeras, maravilla de Venecia y de enredadera; berenjenas negras, blancas y morunas; calabazas de cuello, redondas, de adorno, de peregrino, grande, chacinera, lisa rayada y de cidra; pepinos nanos, grandes, de pincho, lisos, largos y tempranos; espinacas de pincho y de bola; habas cochineras y tarragona; melones y melonas, de verano y de invierno, tempranos, blancos, amarillos, del serrillo, cosíos, de piel de sapo, de la rosa, negros, del manto de la Virgen, verrugosos, valencianos, del tío Aguilar, de la banda de Godoy o del rey y de cuelga; sandías de invierno y de verano, redondas, de rayas y de manga de fraile; garbanzos negros, coloraos, herreños o castellanos; trigo rubio, pelón, cabezorro, herrera, jerez, raspinegro, florencia, maleta, candeal, arbica, curichi, cespero, olivero, sanató, medina, antana, bronceao, barbilla y bruto; entre un largo etcétera.

La definición y clasificación de las variedades cultivadas, como toda taxonomía, es una elaboración cultural, que en nuestro caso se realiza por las comunidades locales siguiendo sus propios criterios, basados en características como la forma, el color, el olor, el sabor, la fenología, etc. En ningún caso se trataría, como es obvio, de definiciones basadas en criterios de genética, siendo siempre la selección fenotípica. Es este un asunto, el de las llamadas taxonomías folk, de suma relevancia desde el punto de vista de la recuperación de variedades cultivadas.

Si atendemos los trabajos señeros sobre variedades locales a escala mundial, podemos extraer dos enseñanzas fundamentales: que los criterios más valorados por los científicos y mejoradores a la hora de seleccionar las variedades (los funcionales y agronómicos), son los menos priorizados por los campesinos. Pero también es cierto que no hay una coincidencia entre los criterios que utilizan campesinos de distintas partes del mundo (Nazarea, 1998; Nazarea et al, 2003; Zimmerer, 1996). Todo ello viene a demostrar que la cuestión fundamental es tener en cuenta las preferencias, los

criterios autóctonos en cada caso. Ello es especialmente sugerente cuando miramos la gran cantidad de rasgos y virtualidades culturalmente relevantes en el manejo de las variedades en torno a una agrupación de criterios morfológicos, agronómicos, gastronómicos, funcionales, de hábitos de vida, de la variedad, de familiaridad, pudiendo considerar según los casos, maduración, atractivo visual, palatabilidad, rendimiento, dureza, tiempo o periodo ideal de plantación o cosecha, resistencia a las plagas, color de la piel, color de la carne, tamaño y forma de las raíces o de las hojas, textura de la carne, sabor, si la variedad es bien conocida, si lleva mucho tiempo en el lugar, valor alimenticio de las raíces, potencial para el autoconsumo, productividad, almacenabilidad o vendibilidad (Nazarea, 1998: 46) a los que podríamos añadir, entre otros muchos, el aprovechamiento del resto de partes de la planta para alimento animal o, incluso exteriores al manejo directo de la planta, criterios de estacionalidad como la mayor o menor provisión hídrica en relación con las precipitaciones de los meses anteriores, lo que condicionaba, por ejemplo en el caso de hortícolas, el cultivo o no de especies y variedades más o menos exigentes en agua.

En definitiva, y por razones diversas, cuando hablamos de germoplasma local estamos hablando de cultura, de un producto humano sobre la base de un material genético en principio silvestre pero que se ha transformado en materia cultural. Es por tanto necesario conocer la cultura y los parámetros cognitivos, de manejo, uso y consumo sobre los que se ha creado para tener una cabal idea de qué es, cómo se maneja y a qué requerimientos y funciones atiende, y todo ello en el contexto específico al que ha sido adaptado, en el medio ambiente y en los agroecosistemas locales, a su vez creación cultural, humana. Poner en valor ese material es poner en valor la cultura en que se hizo y a sus hacedores. En sentido simétrico, la biodiversidad cultivada puede ser más asumida por las culturas locales que la silvestre, porque es más evidente su condición de resultado humano, de identidad local, de manejo, de creación propia.

Las variedades locales en el contexto del desarrollo rural y el medio ambiente.

Como quedó dicho de entrada, la recuperación de las variedades cultivadas se plantea como una de las múltiples acciones para el desarrollo de territorios rurales, en nuestro caso dentro de una iniciativa LEADER. Si el desarrollo debe atender una pluralidad de frentes, de iniciativas, de sectores, de dimensiones, una de las cuales es la ambiental, y dentro de ella la biodiversidad, a su vez la recuperación de la biodiversidad cultivada atiende y toca de lleno a una variedad de dimensiones, todas relacionadas y necesarias.

Echando un vistazo a las líneas prioritarias del programa LEADER-PLUS (Comisión Europea, 2001), podemos encontrar aspectos tales como: medio ambiente, innovación, valorización de productos agrarios locales, patrimonio cultural y arquitectónico, turismo, empleo, pequeña y mediana empresa. A todos estos aspectos alcanza un proyecto de biodiversidad cultivada. Y en todos podemos indagar en la relación de intercambio entre las comunidades locales y el exterior, entre lo local y lo global. Estamos en un momento en que se redefine, en términos de Hervieu (1996), un nuevo contrato social con el campo, pues las demandas que se hacen al medio rural cambian, y son también cambiantes las necesidades de ese medio, las reclamaciones a la sociedad mayor. Es una manera de equilibrar las balanzas entre globalización de lo local y localización de lo global, que a su vez puede ser resignificado. Es precisamente esa reconsideración y revalorización de lo rural por los ámbitos urbanos la que en parte ha tenido que ver con el desarrollo de la iniciativa LEADER, que se ha evaluado oficialmente como exitosa. Entre otras cosas, es esa relación entre el medio rural y las ciudades la que hace que no pueda ser trasplantada sin más a países donde no se da. Insistimos en que todo ello tiene a su vez la virtualidad de la recuperación de la autoestima de las comunidades rurales, que aun no se han repuesto de la crisis social provocada por el proceso violento de modernización, y son muy vulnerables ante el nuevo fenómeno de globalización.

El medio ambiente y los pueblos

En este contexto, nos resulta de especial interés, porque entra de lleno en la principal dimensión de la recuperación de variedades, la recuperación de la biodiversidad, abordar el asunto del medio ambiente y de las comunidades rurales como una oportunidad en la nueva era. Como sabemos, las culturas rurales, los distintos colectivos en el mundo, aun siendo avasallados por procesos de magnitud y fuerza desbordantes, alguna capacidad de reacción y resistencia tienen. Existe de hecho cierta creatividad para modular, para negociar las condiciones de imposición de los modelos hegemónicos. Hemos visto cómo las culturas se hibridan, los territorios se reconfiguran así como las prácticas productivas y los discursos sociales se rehacen.

En este sentido, el medio ambiente se plantea como un nuevo campo social, una nueva arena política. Habida cuenta del proceso de biodevastación galopante, ante la emergencia de movimientos sociales de corte ambientalista, la cuestión ambiental es parte innegable de las agendas políticas y ámbito de confrontación de los agentes sociales. El medio rural, sobre todo las áreas que han devenido periféricas, se convierten en objeto de deseo, en candidatas a santuarios de una naturaleza que se muestran reales, pero que no son más que la destilación de una cultura en un momento

histórico concreto, un artefacto que nos revela su condición de colonia del hombre blanco, que destruye aquello que desea en el proceso de su búsqueda (Descola y Pálsson, 2001; Ellen y Fukui, 1996; Mies, 1993). Ya no se demanda tanto producciones agrícolas cuanto servicios ambientales, se prefiere que los agricultores sean jardineros de la naturaleza. En torno a estos espacios protegidos y a sus moradores se crean imaginarios con una evidente dimensión de otredad y alocronía, de exotismo (Heatherintong, 2001). Es en esa línea que aparece el indígena o el campesino de antaño como indio ecológico, según Calavia (2006) como una suerte de espejo en el que vernos vestidos con los ropajes del personaje que quisiéramos ser.

De todos son conocidos los problemas que la conservación del medio plantea, de las disonancias cognitivas, discursivas y fácticas entre los ambientalistas y los agricultores. Para las zonas periféricas se crea un discurso de sostenibilidad, se delega en ellas la responsabilidad tremenda de la supervivencia del entorno, que de manera hipócrita no se puede o no se quiere imponer en el centro del sistema, en el sistema en su conjunto, en gran parte mediante la limitación en el acceso y uso de los recursos (Calavia, 2006). En este modelo, la conservación de la biodiversidad espera aceptación pasiva, es conservación versus explotación, y se consigue con prohibición. La conservación compulsiva tiene como figura arquetípica al biólogo autoritario (Neuman, 2002).

Con la conservación de la biodiversidad cultivada *in situ* las cosas son afortunadamente distintas. Como ya señalaron Orlove y Brush (1996), la biodiversidad cultivada no puede ser mantenida con políticas en negativo, mediante restricciones a los campesinos, sino todo lo contrario, necesitan de su implicación activa y en positivo. Ello les da, además, una posición de negociación, de fuerza, que no se da en otros casos.

En la línea de reformulación de los comportamientos, las culturas y los discursos que tienen lugar en el mundo contemporáneo, el ambientalismo ha pasado a ser parte del universo de los indígenas, los campesinos y los empresarios agrícolas. Son muchas las evidencias etnográficas de ello, desde Brasil a los grupos nualulu que estudió Roy Ellen (1998) en las antiguas colonias holandesas, del movimiento Chipko en la India a las organizaciones agrarias españolas (Martínez Alier, 1992; Garrido, 2002). Si, como dice Calavia, la naturaleza, el medio ambiente es moneda fuerte en las transacciones entre las comunidades locales y los entornos globales, en lo que refiere a las variedades locales lo es aun más, porque la clave de su mantenimiento está en el patrimonio

genético, en el conocimiento, el manejo y la voluntad de los cultivadores, hecho que los revaloriza y hace fuertes, a la vez que prestigia su cultura y su localidad.

Si los servicios ecológicos, las externalidades ambientales positivas de los agroecosistemas campesinos son un bien deseado pero no recompensado, entre otras cosas por la dificultad de atribución de derechos, responsabilidades etc., en la producción de variedades es más fácil la delimitación, y por tanto el sobreprecio, por ejemplo. Pero no hay que descuidar que estamos también ante un proceso galopante de biopiratería, de robo de semillas por grandes corporaciones, que se apropian del material genético y de la historia cultural de las variedades, que expolían a sus creadores y mantenedores, sometiéndolos luego al vasallaje de la dependencia y de los derechos de propiedad (Posey, citado en Nazarea, 2003; Shiva, 2003).

Las comunidades rehacen su discurso, utilizan argumentos sensibles a sus interlocutores globales, institucionales y económicos, como es el caso del medio ambiente, pero al utilizarlo tienen que tener otra consideración sobre su conservación, tienen que mantener el referente material, real, resaltarlo, revalorizarlo (como sucede, por ejemplo, en los casos de la arquitectura o del paisaje). En la interacción con el exterior, incluso conflictiva, toman conciencia de sus activos. En su pugna ante las medidas ambientalistas también pueden asumir su discurso e intereses o parte de sus argumentos y recursos lógicos. El ambientalismo, como discurso transcultural (Milton, 1993 y 1997) si se quiere, es una localización de lo global.

Nosotros hemos comprobado claramente cómo un sistema experto, el de la ciencia, la antropología, la Universidad, hace reconfigurar rápidamente los parámetros, incluso de clasificación, y por supuesto de valoración de su propio predio y de sus recursos fitogenéticos por los hortelanos, que hasta nuestra visita no habían considerado pertinente la dicotomía entre local y foráneo, invisibilizando, tras los primeros contactos, lo nuevo para hacer presente lo vernáculo, en un ejercicio de consideración de la posición y los intereses del interlocutor. Hay versatilidad local, los sistemas expertos tienen aquí por tanto un gran papel, junto a una enorme responsabilidad en la construcción social de la realidad del conocimiento local, porque no estamos ante realidades inconmensurables, radicalmente separadas e incomunicadas (Cruces, 2003).

Sobre los problemas específicos de la recuperación de variedades en los territorios.

Es un hecho cierto que la recuperación de las variedades locales es un asunto bastante problemático, tremendamente difícil, habida cuenta del arrasamiento que ha sufrido el material autóctono, el cambio en los agroecosistemas en que se insertaban, las transformaciones en el medio rural, en las necesidades de la población y en la funcionalidad de las especies y variedades en la agricultura, el tremendo poder de la agroindustria, la amenaza que suponen los transgénicos, el trato desigual recibido por parte de la Administración y de las empresas, la desvaloración de lo tradicional, las lógicas imperantes del rendimiento económico, las demandas del mercado y la falta de poder de quienes son los guardianes de esta biodiversidad. Otro asunto nada intrascendente han sido las políticas de desaparición, no solo física sino también social, la invisibilización de su existencia allí donde han quedado acantonadas las variedades locales (Shiva, 1993). La falta de información de los consumidores es sólo una parte de este proceso.

Es poco lo que se ha trabajado y estudiado sobre este asunto, con lo cual la desventaja es aun mayor. Algunas cuestiones sin embargo empiezan a vislumbrarse. Una de ellas es precisamente la necesidad de conocer las condiciones específicas de la existencia de las variedades y de los contextos económicos y culturales concretos de los territorios y sus entornos para su recuperación. No es igual la situación del germoplasma entre el campesinado latinoamericano que en Asia, y por supuesto en Europa, y dentro de cada uno de esos ámbitos, las diferencias son igualmente enormes. Ya vimos que los criterios de clasificación y uso son diferentes allá donde indagamos. El soporte social de la salvaguardia es también significativamente diverso, y el éxito de los procesos de rescate y puesta en valor también. Si en el caso del banco de germoplasma con el que trabajó Virginia Nazarea en Filipinas la empresa fue exitosa debido a las redes sociales sustentadas por mujeres (Nazarea, 1998), en Tentudía son los jubilados, en una actividad muy relacionada con la continuidad de los roles sociales adscritos y vinculados a la masculinidad, los que hacen posible la conservación. Si en gran parte del mundo las lógicas del autoconsumo de las familias modestas son las valedoras de la continuidad, en los Andes de Puacartambo constatamos también cómo los grupos acomodados son los que se permiten mantener variedades locales como reconstitución de referentes de etnicidad, como un lujo tradicional (Zimmerer, 1996:23), siendo, en el mundo desarrollado, consumidores conspicuos urbanos de un alto nivel de renta los que igualmente auspician con su demanda el proceso.

Si las variedades tradicionales son ámbito de la especificidad y de las condiciones locales, también lo es su recuperación. En cualquier caso, se trata de mantener vigorosos, allá donde lo sean, los procesos de reproducción de las mismas, y de recuperar, apoyar y promover espacios sociales y

ecológicos para la recolonización de éstas en aquellos otros territorios donde el estado de las variedades locales sea crítico o esté en un cierto declive. Para que sea cierto, seguro y prometedor el futuro, la biodiversidad no debe quedarse en los márgenes, en oasis exóticos, sino que tiene que insertarse en alternativas que puedan ir avanzando hacia el centro. Esas periferias no son sólo territoriales, económicas, sino también sociales, como vemos en el caso de Tentudía, de un territorio excéntrico en España y de un colectivo, el de los jornaleros y agricultores ahora jubilados, mantenedores de la biodiversidad cultivada, que ocupan un lugar poco relevante en el contexto general, pero que tienen sin embargo un papel central en el patrimonio colectivo y son una garantía para el futuro de todos. Reconocer la importancia del material y el conocimiento que atesoran es un primer paso para reconocer su centralidad como personas y como grupo en la sociedad.

El potencial económico de las variedades.

Pero a pesar de las dificultades que acabamos de considerar, de las poderosas fuerzas que arrinconan la biodiversidad y los agroecosistemas tradicionales, se constata la existencia de todo un precipitado de procesos y circunstancias que dan credibilidad a un intento, el de la recuperación de las variedades tradicionales, que hasta hace poco podía resultar irrisorio frente a la supuesta evidencia de la superioridad de las nuevas semillas producidas y extendidas por doquier por la agroindustria. A modo de conclusión, no ilusa, pero sí esperanzada, el potencial de recuperación podríamos ir relacionándolo con algunos aspectos reales como:

- La preocupación por la calidad y la variedad de los alimentos.
- El crecimiento de la agricultura ecológica.
- Los criterios de distinción por el gusto en las sociedades de consumo y el desarrollo del modelo de consumo posfordista que enfatiza lo anterior.
- Los nuevos nichos de mercado segmentados por la calidad, la especificidad, el origen geográfico.
- La búsqueda de proxemia y la idea de retorno a la naturaleza.
- La revalorización de las gastronomías vernáculas.
- El auge del turismo rural y el turismo de retorno o paisano.
- Las directrices estratégicas comunitarias de desarrollo rural para el período 2007-2013 y sus compromisos con la biodiversidad y la diversificación de producciones agrícolas.
- El horizonte de la PAC hacia el 2013 y la variable medioambiental.

De todos estos asuntos, queremos priorizar algunos en nuestra consideración. Comenzando por la cuestión de la calidad de los alimentos, una de las dimensiones de la llamada sociedad del riesgo es la de la inseguridad, y a veces del caos, creado en torno a los males ocasionados por los productos alimentarios. La mayor cantidad de producción conseguida con las nuevas variedades vegetales y animales y con la artificialización extrema de la fitotecnia y zootecnia, el violentamiento de los ciclos de producción, de los tiempos y espacios de siembra y cosecha para producir a lo largo de todo año y en casi cualquier lugar posible, y el auge de los extratempranos, han traído como contrapartida, de modo general, una disminución de calidad en las producciones, tanto en su composición como en su valor nutritivo. Asimismo se han simplificado enormemente las cualidades organolépticas, con una uniformización de las formas, tamaños, colores, sabores o texturas de los alimentos. Junto a ello, el uso de sustancias químicas de toda laya y de piensos de procedencias extrañas ha dado lugar a diversos y preocupantes problemas de salud, con algunos casos llamativos de muertes humanas y su consiguiente alarma entre la población, siendo uno de los últimos el de la encefalopatía espongiforme bovina, las llamadas vacas locas. Uno de los grandes problemas de este asunto es que la conocida como bomba alimentaria viaja oculta, a menudo no se tiene constancia de ella, sus efectos son acumulativos, de largo tiempo e incluso difícil atribución de causalidades. En el caso de los organismos modificados genéticamente, sus efectos están aun por ver, aunque ya sepamos bastante, y bastante malo, en algunos casos.

Frente a ello tenemos la calidad contrastada de muchas de las producciones de variedades locales², de sus cualidades nutricionales, de sus matices de sabor, color, textura, forma, o de la adaptación a un manejo no agresivo y degradador de los recursos, a trueque a veces de una menor producción, aunque hasta esto último se vea refutado si consideramos el proceso a medio y largo plazo. Si bien la demanda de productos sanos es un *desideratum* sin mucha sustanciación en las prácticas diarias de consumo de la gran mayoría de ciudadanos, empieza a ser enunciada. Al tiempo que ciertos grupos sociales y colectivos llevan a cabo iniciativas para que sea una realidad, existen ya bastantes casos de organizaciones y empresas dedicadas a la promoción, producción y distribución de alimentos de calidad.

² Entiéndase bien que no toda variedad, por el solo hecho de ser local, reúne esas cualidades, lo cual supondría un torpe prejuicio positivo, tan erróneo como su contrario. Lo que queremos decir es que la existencia de gran cantidad de variedades, de características bien diversas, nos hace posible encontrar cualidades específicas en todos esos aspectos señalados.

La agricultura ecológica se engloba dentro de este ámbito, con una pluralidad de motivaciones y perfiles sociales en los que el ser un alimento sano, la protección de la naturaleza y la dimensión de distinción social conforman el conglomerado de referentes para los consumidores (James, 1992). Hay que resaltar la enorme vinculación entre agricultura ecológica y variedades autóctonas, ya que uno de los estilos en agricultura ecológica incide en la dimensión de adecuación de los cultivos a las condiciones locales. De igual forma que los manejos postulados hacen que se produzca una adecuación a este tipo de semillas. Hay que tener en cuenta que la agricultura convencional busca la creación de condiciones idóneas para semillas venidas de fuera, desarrolladas en centros de experimentación, con unos supuestos de suelo, agua y abonado muy precisos. Este material vegetal responde siempre y cuando los manejos se hagan acompañar de unos determinados insumos químicos – elaborados en muchas ocasiones por las mismas productoras y certificadoras de semillas o filiales de éstas en el entramado de la economía global –, que entre otras cosas compensen la pérdida de capacidad de respuesta a ciertas características del entorno, precio que ha de pagarse por maximizar algunas de sus características productivas de cara al mercado. Ahora bien, para trabajar sin agroquímicos, en condiciones de manejo locales, podrían ser más aptas las variedades autóctonas, aunque evidentemente se puede desarrollar toda una industria de hibridación y desarrollo en laboratorio de semillas para agricultura ecológica, o mejor dicho biológica. Una cuestión candente en estos momentos es la de la necesidad de proveer a las explotaciones de agricultura ecológica de semillas que cumplan los requisitos establecidos por las normativas europeas y de los Estados miembros de la Unión, para cuya solución se está trabajando en la línea de suministrarles semillas de variedades locales recuperadas (Soriano y González, e.p).

En todo el entramado de cuestiones vinculadas con el consumo de determinado tipo de productos considerados sanos, vernáculos, peculiares, etc. tienen que ver también las motivaciones y dinámicas del consumo en las sociedades contemporáneas. En efecto, el llamado consumo conspicuo del que hablaba Veblen es una característica de ciertos individuos y grupos sociales. Ciertamente es que a través de la distinción ahondamos en las bases sociales del gusto (Bourdieu, 1988). Esto es especialmente relevante en la sociedad de consumo, y más concretamente en el consumo posfordista, que viene a enfatizar los mecanismos de adquisición compulsiva de productos en mercados saturados a través de la identificación de los individuos con características peculiarizantes y cambiantes. Los mercados posfordistas, como la sociedad de este tipo en general, presentan como una de sus características la de la segmentación, de ahí que el consumo se mueva en segmentos de mercados, algunos de los cuales sigue criterios de construcción relacionados con la calidad, la peculiaridad, la proxemia o, en general, la evocación de mundos a los que se accede mediante la adquisición de esos productos

(Alonso y Conde, 1994). El de la naturaleza, lo auténtico, lo sano, sería uno de esos segmentos de mercado. En un contexto de uniformización, los individuos se singularizan y expresan mediante el consumo de supuestas singularidades.

Finalmente, y por no dejar de hacer referencia a ello, el turismo rural presenta dos vertientes en cuanto a su relación con las variedades locales. Por un lado, el agroturismo supone tanto ingresos económicos como refuerzo de la autoestima local, al constatarse el interés de los visitantes por los recursos locales. Por otro, genera un mercado para los productos, pues parte de lo que debe hacer el turista es comprar productos peculiares de la zona que visita. En este sentido, en Tentudía queremos trabajar con el patrimonio productivo agrícola, con norias, cocederos y huertas, para crear un banco de germoplasma que sea a la vez un atractivo turístico y pedagógico sobre la biodiversidad.

BIBLIOGRAFÍA.

- ACOSTA, R. 2001. **Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa.** Diputación de Badajoz. Badajoz.
- Ibíd. e.p. *Semillas de antaño para una agricultura de futuro. La recuperación de las variedades cultivadas locales.* En J. M. Lama (ed.) **Homenaje a Antonio Morales.** Diputación de Badajoz. Badajoz.
- ACOSTA, R. AMAYA, S. y DÍAZ, A. L. 2001. **Los agroecosistemas tradicionales de la comarca de Tentudía. Volúmenes 1 y 2.** Centro de Desarrollo Comarca de Tentudía. Monesterio.
- ARHEM, K. 2001. *La red cósmica de la alimentación. La interconexión de humanos y naturaleza en el noroeste de la Amazonia.* En Ph. Descola. y G. Pálsson (coords.) **Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas.** Siglo XXI. México. pp. 214-236.
- BOURDIEU, P. 1988. **La distinción. Criterios y bases sociales del gusto.** Taurus. Madrid.
- CALAVIA, O. 2006. *El indio ecológico. Diálogos a través del espejo.* **Revista de Occidente**, n ° 298. pp.27-42. Madrid.
- CASTELLS, M. (1996). **La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol 1. La sociedad red.** Alianza Editorial. Madrid.
- COMISIÓN EUROPEA. 2001. **Régimen de ayudas para la aplicación de la iniciativa comunitaria Leader-Plus.** Bruselas.
- Ibíd. 2001. **Propuesta de Decisión del Consejo sobre las directrices estratégicas comunitarias de desarrollo rural. Período de programación de 2007-2013.** Bruselas.
- CRUCES, F. 2003. *Etnografías sin final feliz. Sobre las condiciones de posibilidad del trabajo de campo urbano en contextos globalizados.* **Revista de Dialectología y Tradiciones Populares**, LVIII, 2. pp. 161-178. Madrid.
- DESCOLA, Ph. y PÁLSSON, G. (Coords.). 2001. **Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas.** Siglo XXI. México. pp. 11-33.
- ELLEN, R y FUKUI, K. (eds.). 1996. **Redefining nature. Ecology, culture and domestication.** Berg. Oxford-Washington.
- ELLEN, R. F. 1998 **Forest knowledge, forest transformation: political contingency, historical ecology and the renegotiation of nature in central Seram.**
<http://lucy.ukc.ac.uk/Rainforest/dalhou.html>.

- ESCOBAR, A. 2000. *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o postdesarrollo?*. En E. Lander (comp). **La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas**. CLACSO. Buenos Aires. pp.113-143.
- FUNTOWICZ, S. Y RAVETZ, J. 1994. **Epistemología política. Ciencia con la gente**. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, N. 2001. **Culturas híbridas**. Paidós. Barcelona.
- GARRIDO, F. (2002). *Actores sociales, agricultura y medio ambiente*. En C. Gómez y J. J. González (coords.) **Agricultura y sociedad en el cambio de siglo**. McGraw-Hill. Madrid.
- GUZMÁN, G., SEVILLA, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (eds) 2000. **Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible**. Mundiprensa. Madrid.
- HEATHERINGTON, T. 2001. *Ecology, alterity and resistanse in Sardinia*. **Social Anthropology**, vol 9, part 3. Leiden. pp. 289-306.
- HERVIEU, B. (1996). **Los campos del futuro**. MAPA. Madrid.
- JAMES, A. (1993). *Eating green(s). Discourses of organic food*. En K. Milton (ed.). **Environmentalism. The View from Anthropology**. Routledge. Londres. pp. 205-218.
- LEFF, E. 2003. Racionalidad ambiental y diálogo de saberes. Sentidos y senderos de un futuro sustentable. **Desenvolvimento e Meio Ambiente**, 7. pp. 13-40.
- MAGAÑA, J. 2006. **Etnografía de la palotilla. Hacia una representación cultural de los pasiegos**. Memoria para la obtención de la suficiencia investigadora. Departamento de Antropología Social de la Universidad de Sevilla.
- MAIRAL, G. 1998. *Los conflictos del agua y la construcción del riesgo*. En **Congreso Ibérico sobre gestión y planificación de aguas**. Zaragoza.
- MARCUS, G. 1995. *Ethnography in/of the World System: The emergence of multisituated ethnography*. **Annual Review of Anthropology**, 24. pp. 95-117.
- MARTÍNEZ ALIER, J. 1992. **De la economía ecológica al ecologismo popular**. Icaria. Barcelona.
- MIES, M. 1993. *El dilema del hombre blanco: su búsqueda de lo que ha destruido*. En V. Shiva y M. Mies. **Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas**. Icaria. Barcelona. 197-238.
- MILTON, K. 1993 *Introduction: Environmentalism and anthropology*. En K. Milton (ed.) **Environmentalism. The View from Anthropology**. Routledge. Londres. pp. 1-17.
- Ibíd. 1997. *Ecologías: antropología, cultura y entorno*. **Revista Internacional de Ciencias Sociales**, nº 154.
- NAZAREA, V. 1998. **Cultural memory and biodiversity**. The University of Arizona Press. Tucson.

- Ibíd. (ed). 2003. **Etnoecology. Situated knowledge/located lives.** The University of Arizona Press. Tucson.
- NEUMAN, R.P. 2002. **Imposing wilderness: struggles over livelihood and nature preservation in Africa.** University of California Press. Berkeley.
- ORLOVE, B.S. y BRUSH, S.B. 1996. *Anthropology and the conservation of biodiversity.* **Annual Review of Anthropology**, vol 26. pp. 329-352.
- RAPPAPORT, R. 1987. **Cerdos para los antepasados.** Siglo XXI. Madrid.
- RIST, S. 2002. **Si estamos de buen corazón, siempre hay producción. Caminos en la renovación de formas de producción y vida tradicional y su importancia para el desarrollo sostenible.** AGRUCO. La Paz.
- SHIVA, V. 1993. **Monocultures of the Mind. Perspectives on Biodiversity and Biotechnology.** Zed Books. Londres.
- Ibíd. 2003. **Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos.**
- SHIVA, V. y MIES, M. 1993. **Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas.** Icaria. Barcelona.
- TOLEDO, V. M. 2003. **Ecología, espiritualidad y conocimiento. De la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable.** PNUMA/Universidad Iberoamericana. México.
- TOWNSEND, P. 2000. **Environmental Anthropology. From Pigs to Policies.** Waveland Press. Prospect Heights.
- ZIMMERER, K.S. 1996. **Changing Fortunes: Biodiversity and Peasant Livelihood in the Peruvian Andes.** University of California Press. Berkeley.